

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer

“Estudio introductorio”

p. 13-30

Juan A. Ortega y Medina

Obras de Juan A. Ortega y Medina, 1. Europa moderna

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2013

494 p.

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-02-4264-9 (volumen 1)

Formato: PDF

Publicado en línea: 11 de marzo de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/594/obra_moderna.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Estudio introductorio

13

Buena parte del contenido del legado de la historiografía occidental se refiere a obras que versan sobre la política y la guerra. Si bien no es éste el caso del historiador Juan A. Ortega y Medina, sí podemos adelantar que, aunque en su obra campea el estudio de las ideas, detrás de este interés se encuentra nada más ni nada menos que la directriz casi omnipresente de la política y de la guerra.

El año de 1898 marcó el fin de lo poco que quedaba del imperio español que se había enseñoreado de los océanos en el siglo XVI. Y aunque en las primeras décadas el siglo XIX había perdido la mayor parte de sus posesiones continentales, todavía Cuba, Puerto Rico y las Filipinas rendían buenas ganancias a España. Las islas del Caribe producían azúcar y las Filipinas la ponían en contacto con China. En el Parque del Retiro de Madrid se había inaugurado en 1887 la muy encomiada Exposición del Palacio de Cristal para mostrar la flora y la fauna de las islas españolas del Pacífico, prueba del valor de estos territorios.

Fue tal la reacción de desazón ante la derrota sufrida ante Estados Unidos aquel año de 1898 que a todo un grupo de destacados pensadores, Miguel de Unamuno, Pío Baroja y Leopoldo Alas, entre otros, se le dio el nombre de la Generación del 98 y sus obras alimentaron el espíritu crítico español en la primeras décadas del siglo XX.

Quince años después de la funesta guerra, nació Juan A. Ortega y Medina en el mediterráneo puerto de Málaga el 10 de agosto de 1913. Hijo de Felipe Ortega, hombre de carrera militar que había peleado en África y también sufrido la derrota de 1898. A lo largo del siglo XIX las ideas liberales que habían sido defendidas en España en medio de añejos obstáculos eran profesadas por don Felipe, quien las transmitió a sus dos hijos: Felipe, el primogénito, y Juan Antonio, el más pequeño. Felipe, quien desde joven había escogido como su padre la carrera de las armas fue siempre muy admirado por el benjamín de la familia. Por supuesto, Juan Antonio creció en un tradicional hogar español católico bajo el cobijo de su madre Socorro Medina y tres hermanas también mayores que él. Sus estudios elementales los cursó primero en una escuela religiosa y después en otra laica. Desde pequeño los dos mundos de España no le fueron ajenos, como tampoco lo fue el africano por los recuerdos de su padre y la nana mora que le enseñó palabras en árabe. Hasta su muerte conservó un diccionario árabe-español.¹

Cuando cursaba ya el Bachillerato en Artes, al que ingresó tras presentar un riguroso examen, se proclamó la República en 1931. Tenía entonces 18 años y presencié por vez primera la violencia desencadenada cuando la institución republicana puso en jaque al tradicionalismo católico español. En Málaga, la furia contenida del pueblo dio lugar a que se atentara contra las propiedades de la Iglesia que incluían obras de gran valor artístico. Juan Antonio se unió a las Brigadas Salvadoras del Tesoro de Málaga, dando muestra desde entonces de su gran aprecio por las artes.

Dos años después ingresó, en la misma Málaga, a la Escuela Normal del Magisterio. Esta carrera la alargó para poder convertirse en maestro nacional pero, al mismo tiempo, había alcanzado la edad para prestar su servicio militar. Su hermano Felipe le aconsejó realizarlo en Zaragoza, plaza a la que pertenecía. Los hermanos se reencontraron cuando la diferencia de edades había menguado su distancia y pudo establecerse el diálogo entre ellos. El menor debió aprender mucho del mayor al que siempre había admirado y que fue su guía en esos años de tensión política y, después, de guerra.

Juan Antonio salió de Zaragoza con el rango de cabo y se trasladó a Madrid para iniciar sus estudios universitarios en la Facultad de Filosofía y Letras

1 Los datos sobre la vida privada de Ortega y Medina nos los proporcionó Teresa Bosque, su segunda esposa.

de la Universidad de Madrid, hoy Complutense. Dada la cercanía entre Madrid y Zaragoza, Felipe visitaba con frecuencia a su hermano en el momento en que se acentuaba la vieja resistencia clerical a que se enfrentaba la República. No imaginaba que sus primeras vacaciones de verano en Málaga, tras sólo un año de estudios, iban a ser también las últimas, pues fue entonces que se inició la Guerra Civil el 18 de julio de 1936.

Como lo hicieron su ciudad, su padre y su hermano, Juan Antonio no dudó en alistarse como voluntario en la defensa de la República. Consciente de que necesitaba preparación, por consejo de Felipe se trasladó a la Escuela de Guerra de Lorca en Murcia. En unos cuantos meses fue enviado a Cataluña con el “Despacho de Teniente en Campaña del Arma de Artillería”. Mientras, a principios de 1937, Málaga cayó en poder de las fuerzas franquistas. La familia Ortega permaneció ahí durante toda la guerra aunque con cierta protección porque don Felipe tenía el cargo de juez militar. Pero todos sabían que sus dos hijos combatían por la República.

Juan Antonio Ortega fue reservado en cuanto a su participación en la guerra. Era un joven humanista, profesor de primaria y estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras que se había convertido en jefe de artillería y que como tal había ordenado a sus hombres disparar múltiples veces en los dos años de combate en que participó. El contraste entre las dos vidas que había vivido era inmenso, pero en ambas luchaba por lo mismo, por sus ideales políticos: “Si bien la vida cotidiana vivida por los intelectuales fue intensa en los años en los que la República trató de poner al día un rezago secular, no se podía comparar con lo que significaba marchar al frente de guerra a matar y a morir, para que lo que se había ganado no se perdiera [...]”.²

Juan Antonio fue herido dos veces en campaña. La primera vez perdió la vista y el oído derechos. Estuvo muy grave pero se recuperó y volvió al frente, aunque su jefe pensaba que de sobrevivir “quizás qued[ara] inútil”. Durante la retirada de Barcelona, con un brazo herido y varios perdigones en el cuerpo, formó parte de la marcha de unos 220 000 hombres del ejército republicano que llegó a Francia en los primeros días de febrero de 1939. No sólo cargaba con la pena de la derrota. Su hermano Felipe no había caído en el frente, pero había sido hecho prisionero y fusilado. La familia había acudido

2 Álvaro Matute, “Introducción a Ramón Iglesia”, en Ramón Iglesia, *El hombre Colón y otros ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 8.

al obispo de Bilbao quien, pese a los ruegos, no le salvó la vida. El agravio nunca fue olvidado por Ortega, quien conservó entre las pocas pertenencias que trajo a México, la última carta que Felipe le escribió antes de morir.

El inmenso dolor que la guerra dejó en Ortega y Medina lo expresó públicamente muchos años después: “No son sólo las manifestaciones psicósomáticas y somatopsíquicas que dejan los prolongados cañoneos y bombardeos aéreos, o los diezmadoramente sangrientos asaltos y repliegues de posiciones, sino también las cicatrices profundas que deja en el alma el injusto vencimiento de una causa noble por la que se ha luchado y sacrificado todo”.³

Tras un azaroso viaje a América, después de estar casi un año en dos campos de concentración franceses, Ortega pudo por fin llegar a México en febrero de 1940. Ya le habían antecedido muchos compatriotas, entre ellos, un buen número de científicos y humanistas.

La llegada de los exiliados españoles a México tras la derrota sufrida coincidió con el momento en que nuestro país comenzaba a reponerse de las secuelas dejadas por la larga lucha revolucionaria iniciada en 1910 y, sin duda, trajo consigo una considerable renovación y avances en diversas disciplinas académicas, entre ellas la historia. La revolución mexicana había reavivado el interés por el pasado de la nación, tanto el inmediato como el más remoto. En los años cuarenta, la sociedad fue testigo del conflicto entre dos interpretaciones del pasado que buscaban justificar el rumbo que debía tomar la nación: una favorecía la tradición indigenista; la otra, la hispanista. Los españoles republicanos debieron ser cautos ante este debate.

Si bien su tradición republicana los identificaba con los principios de la revolución mexicana que buscaban cambiar al país, la corriente indigenista, ligada a la revolucionaria, aunque les despertaba simpatías, renegaba de la herencia española y esto les era más difícil de aceptar. Además, la misma guerra que acababan de perder los llevaba a preguntarse por su pasado español para tratar de explicarse su doloroso presente. Así, por diferentes vertientes, se avivó el interés por el estudio de la historia. Entre aquellos españoles, que por sentirse en un México que les recordaba a su patria, fueron llamados *transterrados* por don José Gaos, estaban los que habían estado dedicados al

3 Juan A. Ortega y Medina, “Prólogo. Combate por la Historia”, en Ramón Iglesia, *Cronistas e historiadores de la conquista de México. Ciclo de Hernán Cortés*, México, Secretaría de Educación Pública/Editorial Diana, 1980, p. 9 (SepSetentas, 17).

estudio de las humanidades, como era el caso del propio Gaos; de inmediato reconocieron que la patria adoptada les ofrecía un vasto campo para desarrollar sus estudios. Entre ellos destacó Juan Antonio Ortega y Medina.

La buena fortuna, que se había olvidado de él en los últimos años, hizo ahora que pudiera seguir los pasos de su vocación más pronto que lo esperado. Al llegar a México, lo enviaron a Chiapas para que trabajara como campesino. Pero en Tapachula, ante el ataque de un periódico local que no veía con buenos ojos la llegada de los inmigrantes, Ortega y Medina respondió con un artículo titulado con una conocida frase de Cicerón, *Contumelia maledicti*, murmuraciones calumniosas. En el artículo hacía mención de la famosa novela de Goethe *Afinidades electivas*, y establecía la distancia que existía entre el pensador ilustrado y los nazis del momento, mismos que habían cooperado en la derrota republicana en España. La colonia alemana se enteró de la publicación y uno de sus miembros, Juan Hintze entró en contacto con Juan A. Ortega y le ofreció su ayuda para que estudiara en la ciudad de México. Ayuda que sólo duró dos años porque los bienes de los alemanes fueron embargados al entrar México a la contienda mundial del lado de los Aliados. Mas lo importante fue que Juan Antonio había comenzado a estudiar y él buscó los medios para sobrevivir, por ejemplo, vendiendo medicinas en las rancherías cercanas a la capital.

La guerra, a la que en su momento se entregó en cuerpo y alma, no había cambiado la vocación de Ortega por el estudio y la docencia. En febrero de 1941 inició sus estudios en la Escuela Nacional de Maestros. Un año después se incorporó como profesor de primaria al colegio Vives fundado por el Comité Técnico de Ayuda a los Españoles Republicanos. Ese año también contrajo matrimonio con quien sería su esposa a lo largo de 35 años, una compañera de la escuela especializada en literatura española, Alicia Monjarás Barragán. Alrededor de 1945 comenzó a impartir clases en la Escuela Secundaria Diurna 4, Moisés Sáenz en la que permaneció hasta 1954.

Edmundo O'Gorman dijo de Ortega y Medina que aunque había tenido el mérito de “bregar con mentes infantiles [...] estaba llamado a un más alto destino, pero no por añadidura, puesto que robándole tiempo al sueño”⁴ logró

4 “De Ave Fénix”, Respuesta al discurso de ingreso del doctor Juan A. Ortega y Medina a la Academia Mexicana de la Historia, *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia correspondiente a la Real de Madrid*, t. xxx, México, Imprenta Aldina, 1971-1976, p. 253.

concluir sus estudios en la Escuela Normal Superior. De inmediato se inscribió después en la Facultad de Filosofía y Letras en Mascarones y tras cursar sus estudios, en el mismo año de 1952 obtuvo los grados de maestría y doctorado en Letras, especializado en Historia Universal. Dos años después comenzó a dar clases en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM en la recién abierta Ciudad Universitaria.

A lo largo de su vida mantuvo el agradecimiento por las enseñanzas que recibió de ilustres maestros como Miguel Othón de Mendizábal, Jorge Vivó, Ermilo Abreu Gómez, José Mancisidor, Mario Souza, Antonio Caso, Rafael García Granados, Arturo Arnáiz y Freg, Justino Fernández, Francisco de la Maza, José Gaos, Joaquín Xirau y, sobre todo, Edmundo O’Gorman. La relación con este último colocó a Ortega y Medina entre los historiadores historicistas.

Fue la época del apogeo del pensamiento de José Ortega y Gasset en México. Su pensamiento, al igual que el de Dilthey, fue difundido por José Gaos. Dos vertientes íntimamente vinculadas integraron el historicismo mexicano. La primera fue el desarrollo de su peculiar realidad histórica en Europa, una de cuyas ramas, la hispánica, fue trasplantada a tierras mexicanas. La segunda, el interés, la actividad y la inconformidad intelectual de algunos pensadores mexicanos que, tras la Revolución, iniciaron la búsqueda de alternativas a una caduca historiografía incapaz de abandonar las viejas disputas decimonónicas entre liberales y conservadores, aun cuando estuvieran disfrazadas con ropajes nuevos y científicos. O’Gorman se pronunció en contra de la escuela positivista encabezada por Silvio Zavala en unos recordados debates y en su libro *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*.⁵ Su enfoque historicista quedó plasmado en su estudio acerca de la idea del llamado “descubrimiento de América”, a la cual le atribuyó la historicidad que se le había negado, y que le permitió desarrollar su muy conocida tesis sobre la invención de América.⁶ Aún más, mostró que no sólo había un historicismo teórico o una filosofía historicista sino que también podía practicarse exitosamente una historia historicista, amén de que, decididamente, dirigió el camino de esta prác-

5 México, Imprenta Universitaria, 1947, 349 p.

6 *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1951 y *La invención de América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956.

tica por la historia de las ideas. Fue secundado, pero con un sello muy particular por Ortega y Medina, a quien sus vivencias le permitieron integrar una interpretación no sólo de las historias de México y España sino también entrelazar con éstas las de Inglaterra y los Estados Unidos.

Hacia el inicio de su vida docente en la Facultad de Filosofía y Letras, Ortega y Medina acabó por convencerse de que no volvería a España. Años atrás, tal como la mayoría de sus compatriotas con quienes compartía el exilio, Ortega había abrigado la esperanza de la caída del régimen de Franco y del regreso a la patria y por lo mismo no asimilaba como definitiva su estancia en México, aumentando sólo su pesar y nostalgia. En cierta ocasión nos comentó que no fue sino hasta que Estados Unidos comenzó a instalar sus bases militares en España cuando se hizo a la idea de que ya no habría regreso y el “mientras” desapareció de su vocabulario para encarar su ineludible vida en México. Pero al mismo tiempo, el hecho de que Estados Unidos apoyara a Franco, tuvo un efecto que contribuyó a definir todavía más la idea que tenía del pasado y el presente de España, México, Inglaterra y Estados Unidos. Dio así testimonio de una de las aportaciones más importantes del exilio español a la historiografía mexicana: a saber, la incorporación del estudio de otras historias, las muchas de Europa y la de Estados Unidos desde su época colonial, que ayudarían a completar la visión y la interpretación de nuestra propia historia.

Cuando a los veintiocho años Ortega y Medina llegó a México con el bagaje de su formación académica europea, reconoció en los mexicanos rasgos de su propia cultura a la vez que distinguió lo que nos era propio y a él ajeno. Pero la extrañeza no fue tan grande como la sorpresa de lo familiar; reconoció rasgos propios en nuestro mundo mestizo al que comprendió por lo mismo que le era conocido. Esta comprensión estimuló el estudio de nuestra historia en la que encontró semejanzas con la propia. La más notoria, la herencia de la división de la cristiandad en el siglo XVI entre católicos y protestantes y de la que derivó la conocida leyenda negra que bajo el manto religioso escondía la intensa rivalidad económica entre España e Inglaterra. Y la misma leyenda negra de la rivalidad marítima se había vuelto terrestre en los dos mundos que España e Inglaterra construyeron en América y se transformó, manteniendo su halo religioso, en el llamado destino manifiesto de los Estados Unidos de ocupar la mayor superficie de las tierras americanas que les fuera posible.

La inquietud que algunos de estos temas le causaban a Ortega la encontramos desde que estudiaba en la Escuela Normal Superior. En uno de los

Congresos de Historia organizados por don Antonio Pompa y Pompa, Ortega presentó una ponencia titulada “Viajeros anglosajones por el noroeste de México”,⁷ que marca el inicio de su interés por las opiniones de esos visitantes. En otro congreso, presentó un trabajo que fue publicado en forma de folleto en 1943, titulado *Ensayo sobre la conquista española. Sus antecedentes económicos, humanistas y la proyección de éstos en ella*. Se trata de una interpretación marxista y pobre de la Reforma protestante que luego abandonaría para convertirse en un experto en el tema, pero ya desde entonces deja el rastro de su visión futura, una visión más humana de los conquistadores. La conquista había sido obra del individualismo español, que nuestro autor defendería siempre a capa y espada, pero que, por desgracia, había sido domado por la Corona con el establecimiento de una colonización totalmente controlada. Por lo que se refiere a la evangelización, también hubo una primera de tendencia humanista, la de la *Philosophia Christi*, apoyada por Carlos V, el último monarca cristiano con miras universales, pero ésa fue suplantada por la de la Contrarreforma que, como seguiría sosteniendo Ortega, adoleció de todos los males imaginables. Concluye así que ante el hecho consumado de tres siglos de historia colonial, con sólo unos inicios rescatables pero de los que echará mano con frecuencia, no queda sino superar ese pasado “cimentando fuertemente la personalidad de la nacionalidad mestiza”. La de un mestizo que surge de la unión del indio con el siete veces mestizo español.⁸ La obra es muy deficiente y se entiende que Ortega no la mencionara nunca en su currículum, pero es necesario tenerla como referencia de las que serían sus tesis de maestría y doctorado.

Con sólo ocho meses de diferencia, nuestro autor presentó en 1952 sus exámenes de maestría y doctorado. Ambas tesis se complementan y giran alrededor de los temas que comprenderá su obra. De la tesis de maestría, que aunque se titula “Reforma y modernidad”, y servía de introducción a la de doctorado “El horizonte de la evangelización anglosajona en Norteamérica”, Ortega comenta que en realidad pensó en titularla de dos formas distintas, a saber, “Una introducción a la conciencia histórica anglo-sajona sobre Amé-

7 Expediente de Juan Antonio Ortega y Medina de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Informe y currículum de 1971.

8 La defensa del mestizo mexicano procede de Abreu Gómez y la del español de *Cornucopia de México*, de José Moreno Villa, compatriota republicano de Ortega y publicada en 1941.

rica” o “Prólogo para un estudio acerca del pensamiento anglo-sajón sobre América”, títulos que establecen más claramente la relación con el estudio de la evangelización puritana y con su primer libro que estaba ya por publicarse: *México en la conciencia anglosajona*.⁹ Sin embargo, en la tesis no aparece aún esta “conciencia” sobre América, cuando mucho puede intuirse la que se tuvo de España, razón medular del escribir de Ortega. Así, él mismo señalaba que “En realidad, la tesis sólo en intenciones y de modo alusivo secundario se interesa en dicha conciencia o pensamiento históricos anglosajones; aunque trata de ser pensamiento fundamental para ambos, pero no ya aquí sino en otro trabajo futuro cuya premisa básica será la que presentamos ahora.”¹⁰

Y como la característica fundamental del pensamiento anglosajón era la modernidad que arrancaba de la reforma protestante, al igual que la “anti-modernidad” española, se requería del estudio del cambio operado en la cristiandad para explicar el éxito germano y esclarecer el “fracaso de las [naciones] de origen latino que permanecieron católicas”, especialmente España. Amén de que los pueblos hispánicos habían sufrido la modernidad “no por cortedad de luces, sino un poco como a regañadientes o como huéspedes las más veces extraños y los más, morosos.”¹¹ Éste era un viejo tema que no sólo había atormentado a los españoles del siglo XIX, sino que también los dividía ante el dilema del camino a seguir. Si una opción de cambio había sido la imitación del modelo sajón, el socialismo presentó otra que los republicanos adoptaron, pero de la que algunos de los exiliados no estaban ya tan seguros y que parecía quisieron olvidar retomando su hispanidad a partir del siglo XVI y de Miguel de Cervantes, “esencia de España, símbolo de su alma”.¹²

Se debe considerar también en la formación de Ortega la influencia de O’Gorman, director de las dos tesis que presentó en la Facultad de Filosofía y Letras. Desde antes de conocerse, O’Gorman ya había expuesto su idea sobre las diferencias, más vitales que las semejanzas, entre la América hispana y la sajona. Aunque lo que más se destaca es la afirmación de su tesis historicista

9 México, Porrúa y Obregón, 1953 y México, Antigua Librería Robredo, 1955 (Colección México y lo Mexicano, 13 y 22).

10 *Reforma y modernidad*, edición y presentación de Alicia Mayer González, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, p. 2.

11 *Ibid.*, p. 2 y 3.

12 Fernando de los Ríos, *Religión y Estado en la España del siglo XVI*, Nueva York, Instituto de las Españas de la Universidad de Columbia, 1957, p. 32.

que demuestra que si lo que distingue a cada una de las Américas, lo que les da ser, es su propia historia, es entonces imposible que puedan tener una historia común, porque se trataría entonces de una sola América. Tal diferencia tenía su origen en el conflicto religioso del siglo XVI que dio lugar al mundo moderno de unos protestantes que cultivaron “el saber del dominio” basados en el desarrollo de las ciencias experimentales, y de otro que se quedó a la zaga, el de los católicos que velaron por “el saber de la salvación.”¹³

En su tesis de maestría publicada varios años después de su muerte¹⁴ –y con la que da inicio esta publicación de las obras completas de Juan A. Ortega y Medina–, nuestro autor exalta la figura de Carlos V basándose en la idea que los erasmistas le habían inculcado de la *Universitas Christiana*, pero pasa por alto que sus enemigos le temían más por su poder, mismo que le permitió salvar a Europa y de paso al Papado, de la amenaza de los turcos. Por otro lado, Ortega se extiende en la idea providencialista española que no tanto miraba hacia América, sino que, siguiendo la ruta de la vieja guerra contra los moros, se extendía al África. Destaca, sin embargo, que la división religiosa de Europa no le permitió al emperador dirigirse hacia el Sudán como lo hicieron los españoles renegados y los moriscos andaluces.

La parte de la tesis que se refiere a Lutero y a Calvino es más elaborada y Ortega hace gala de sus conocimientos en materia de religión. Uno de sus méritos fue poner al alcance de los mexicanos obras de autores alemanes en las que abrevó pues traducía muy bien el alemán, al igual que el latín, el inglés y el francés. Su interés era en poner en claro las ideas protestantes que después pasarían a los ingleses –ya fueran anglicanos o puritanos– y con ello sustentar mejor su tesis de doctorado sobre la evangelización puritana. En suma, en estas dos tesis están las raíces de tres de sus libros más importantes y del estudio novedoso que emprendió sobre las obras no sólo de viajeros ingleses sino también de alemanes.

En 1972 Ortega publicó *Destino Manifiesto*,¹⁵ probablemente su obra más conocida y cuyo tema ya había introducido en el segundo volumen de *México en la conciencia anglosajona*. En esta pequeña obra había estudiado las opi-

13 “¿Tienen las Américas una historia común?”, *Revista de la Facultad de Filosofía y Letras* 6, México, 1942, p. 218-224.

14 *Reforma y modernidad*, 219 p.

15 México, Secretaría de Educación Pública, 1972, 164 p. (SepSetentas, 49).

niones que sobre México habían vertido no sólo los ingleses que nos visitaron en el siglo XVII, sino también los norteamericanos que llegaron poco después de que México alcanzó su independencia, cuando el objetivo ya no era saber que se le podía quitar a España sino a México. Estos viajeros alentaron la acción para el cumplimiento de lo que después llamarían *destino manifiesto*. El estudio de Ortega sobre las “razones históricas y la raíz teológica” de dicho destino está dividido en dos partes: una en la que se ocupa de los orígenes ingleses de este concepto; otra, en la que lo estudia ya trasplantado a América por los colonos puritanos. El tema de la evangelización puritana ya lo había comenzado a tratar en su tesis de doctorado. Ahora era el momento de ampliar la investigación y lograr una obra sólida y muy original que, paradójicamente, desde que se publicó en el segundo centenario de la independencia de Estados Unidos, fue y sigue siendo ignorada en ese país. En *La evangelización puritana en Norteamérica. Delendi sunt indi*,¹⁶ nuestro autor no sólo da cuenta de las ideas de los puritanos que justificaron la exterminación de los indios sino que tiene como contrapartida, la evangelización católica de España. Ante la comparación, con gran coraje revaluó la obra de España, acción que hasta ese momento sólo había esbozado con recato. Justificación de nuestra historia colonial que no era otra cosa que reivindicar a España, “la tan vilipendiada cuanto incomprendida España.”

Ahora era el momento de abordar y desarrollar el último de los temas derivados de su tesis de maestría, pero ya no el de la España imperial de Carlos V, sino de la España de Felipe II, a partir del momento en que comenzaron a hacerse evidentes las fallas por las que sería desbancada de su lugar de primera potencia europea por Inglaterra. Es el remate de su investigación acerca de la tornadiza fortuna de España, iniciada desde que era estudiante de la Escuela Normal Superior. El inicio de la decadencia de España, tema tan caro a nuestro autor, lo escogió para su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia y lo tituló “De Andrenios y Robinsones”.¹⁷ El contenido de esta disertación fue considerablemente ampliado y publicado bajo el título de *El conflicto anglo español por el dominio oceánico*,¹⁸ su libro preferido como él

16 México, Fondo de Cultura Económica, 1976, 342 p. (Colección Tierra Firme).

17 *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, México, Imprenta Aldana, 1978, p. 216-251.

18 México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981.

mismo lo expresó en varias ocasiones y que dedicó a la memoria de sus padres. El libro no es tan erudito como el de la evangelización puritana. Él mismo explica que no pudo acudir a fuentes primarias por encontrarse lejos de ellas, pero es más bello en su composición a la vez que hartamente comprometido. A la manera de las hermosas construcciones arquitectónicas o las de los barcos en los astilleros, que nada conservan de los cálculos y cimbras sin los cuáles hubiera sido imposible levantarlos, los libros de Ortega están cuidadosamente planeados teniendo en cuenta tanto los objetivos como los métodos empleados para alcanzarlos, mismos que no explica y deja al lector la tarea de adivinarlos y apreciar por sí mismo el equilibrio logrado.

En el apretado prólogo, Ortega insiste en la importancia que tiene la historia de España para la comprensión de la realidad mexicana. En este caso, por qué España a diferencia de los ingleses le dio la espalda al mar. El mar que le había dado tanto, buena parte de América, pero del que se alejó por una onerosa burocracia y por las ideas que alimentaban a su sociedad, llámese ideología o imaginario, acerca de la pobreza o el ocio. Mientras, Inglaterra echa mano de todo para insuflar su tradición marítima. En la tercera parte, Ortega introduce su discurso sobre Andrenios y Robinsones, los que vinieron a sufrir al mundo y los que lo explotaron. En todo el libro, pero especialmente en esta parte, campea no sólo el conocimiento que Ortega tenía de la literatura española y la europea sino su atinada aplicación. En no pocos lugares de su obra se pregunta sobre la validez de recurrir al auxilio de la literatura en una investigación histórica y la defiende. Se remonta a Aristóteles que había antepuesto el estudio de la poesía al de la historia y en otro lugar nos dice desafiante:

Adelantemos, ya que nos sale al paso, que todas las obras literarias pueden resultar tan documentables como los más empingorotadísimos *materiales históricos*, pues que todo será cuestión de método y de manejo crítico. Aunque de Dilthey a la fecha ha llovido, y mucho, pocos son, empero, los historiadores que se hayan calado; por ello no tendría nada de particular que se nos hiciera cierta probable objeción por el hecho de que hayamos empleado una pieza dramática (en este caso un auto de cortes medievales) como fuente histórica, amén de exclusiva.¹⁹

19 “El indio absuelto y las Indias condenadas en las ‘Cortes de la Muerte’”, en *Ensayos, tareas y estudios históricos*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1972, p. 89.

La diversa actitud hacia el mar por parte de ingleses y españoles Ortega la ilustra con testimonios no sólo históricos sino también literarios, los cuales mezcla con equilibrio. Hace gala de su conocimiento de la poesía y la dramática del Siglo de Oro de las letras españolas y al no menos acrisolado de las inglesas. Su erudición le permite encontrar dónde y cómo se expresa la afición por el mar de un William Shakespeare, la falta de dicha afición –lo cual a veces raya en la ignorancia– por parte de don Quijote, o el temor manifiesto de Baltazar Gracián ante la idea de aventurarse por el mar en lo que llama un “ataúd anticipado”. Por supuesto, también encuentra ejemplos de poesía con sabor a mar en el español Joan de Castellanos, al que bien utiliza.

La última parte del libro, la más dolorosa, está dedicada al estudio de la derrota de la Armada Invencible y los últimos encuentros entre Drake y los españoles en la primera década del siglo XVII. Ortega hace gala de sus conocimientos marinos en técnica y estrategia. Pero también se ocupa de la Iglesia y su connivencia con el Estado español. Carlos V y Felipe II habían gastado una buena parte de los ingresos de Castilla y de América peleando guerras por asuntos religiosos en Alemania, los Países Bajos y el Mediterráneo. Sin cesar, los procuradores de las Cortes habían pedido que no se gastara en guerras de religión sino en defender de los piratas el valioso comercio de las Indias. Y si los flamencos no le reportaban beneficio al pueblo, sólo al rey, no había razón de imponer el catolicismo “a fuerza de artillería picas y mosquetes” o, en palabras de un procurador:

¿Qué tiene que ver para que cesen acullá las herejías que nosotros acá paguemos tributo de la harina? ¿Por ventura serán Francia, Flandes e Inglaterra más buenas cuanto España más pobre?... La religión católica y la causa y defensa de ella es común a toda la cristiandad, y si estas guerras importan para esto, no toca a los reinos de Castilla llevar toda la carga, estándose los demás reinos y príncipes y repúblicas a la mira.²⁰

Ya vencidos los tercios españoles en Europa en 1648 cuando terminaba la guerra de los Treinta Años, un fraile español escribía sus tesis sobre la guerra:

²⁰ *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico. Siglos XVI y XVII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981, p. 246.

Primera: las batallas en que hoy está empeñada España son propiamente de Dios porque son por causa de religión; segunda: enviar Dios las guerras que en estos tiempos fatigan a España, no es tanto castigo de culpas como ejercicio de virtudes; tercera: por ser las presentes batallas por causa de religión se pueden esperar, con toda certeza, grandes y gloriosas victorias.²¹

Ortega considera que la culpa de la decadencia española es de los Austrias y por ello saluda la llegada de los Borbones que mejoraron la administración, pero concluye que el “análisis histórico de la época imperial hispánica nos muestra, frente a todo dogmatismo filosófico y metodológico, que no siempre las fuerzas nuevas y renovadores triunfan en la historia sobre las caducas y estancadas”.²²

Ortega amplió su temática básica en otros libros, artículos y estudios introductorios. Entre los primeros cabe señalar *Zaguán abierto al México republicano* y *Humboldt desde México*, dedicados al estudio de viajeros. De carácter teórico e historiográfico *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana e Historiografía soviética americanista* y, continuando con el tema del indio americano escribió *Imagología del bueno y del mal salvaje*. Publicó también libros que contenían artículos suyos y que quiso rescatar por diversas razones: *Ensayos, tareas y estudios históricos*; *Estudios de tema mexicano*; y *Reflexiones históricas*. A la vez que se dedicó a publicar sus escritos, Ortega se convirtió en editor de obras de otros autores, sobre todo cartas de viajeros como Carlos Guillermo Koppe y Carl Christian Becher; pareciera que no podía estar lejos de la imprenta. Tarea encomiable fue la publicación de dos revistas históricas en la Facultad de Filosofía y Letras, ambas de una calidad no vuelta a alcanzar. A partir de 1961 Ortega y Medina publicó el *Anuario de Historia*, revista reconocida por su prestigio y cuyo contenido continúa siendo fuente de consulta sobre diversos temas de nuestra historia. Publicar el *Anuario* requirió de mucho tiempo y paciencia y tras la aparición del volumen VII, la publicación se vio interrumpida entre los años de 1968 y 1976. Un año antes, Ricardo Guerra director de la Facultad, nombró nuevamente a Ortega como editor; así pudo publicar los números del VIII al X. Antes, en 1966, como di-

²¹ *Ibid.*, p. 249.

²² *Ibid.*, p. 12.

rector del Centro de Estudios Angloamericanos, Ortega había emprendido la edición de la revista *Anglia*, a cuyo cuidado estuvo Josefina Vázquez. Se publicaron seis números de 1968 a 1974 (precisamente los años en que no se publicó el *Anuario*). Colaboraron en ella expertos en el estudio de la historia de Estados Unidos y se distinguió por sus reseñas, muchas de ellas escritas por el propio Ortega, sobre libros que acababan de publicarse en el extranjero y que fueron dadas a conocer a un público al que le era difícil, en aquellos años, estar al tanto de esas lejanas publicaciones.

No menos importante fue su labor como traductor, pues además de darnos la versión en español, y en muy buen español, de los autores alemanes arriba citados, tradujo la *Filosofía de la historia* de Federico Schiller, y un hermoso opúsculo del mismo poeta e historiador alemán: “La verdad poética y la verdad histórica”. De Juan Joaquín Winckelmann tradujo *De la belleza en el arte*. Amén de obras de otros autores alemanes recientes como Ludwig Pfandl y su estudio sobre sor Juana.

Al mismo tiempo que se dedicaba a estas tareas, Ortega se distinguió en las aulas de la Facultad de Filosofía. Nunca lo abandonó lo que llamaba el *eros pedagógico*. Por las tardes se le veía por los pasillos de la Facultad bien vestido, con el gesto adusto y muy erguido como buen andaluz que era y teniente de artillería que había sido, dirigirse a su salón para encontrarse con sus alumnos. Fueron muchas las asignaturas que impartió: Historia de la Historiografía, tanto europea como de México; Historia de América; Descubrimiento y Conquista; Reforma y Contrarreforma; Absolutismo Europeo; Imperio Español; y Didáctica de la Historia. Fueron pocos los alumnos de la carrera de historia que no asistieran cuando menos a una de las asignaturas que impartió. Tanto en sus cursos como en las innumerables tesis que dirigió, dejó la huella de su historiar. Fiel a su ideario historicista, pero también liberal, se opuso a que pudiera sostenerse la existencia de una verdad única: “Sólo muchas verdades de acuerdo con los tiempos y las circunstancias históricas. Frente a todo dogmatismo hemos construido un sólido bastión autocrítico contra el que se seguirán estrellando todas las desbocadas ambiciones de los espíritus autárticos.”²³

El mismo proceso educativo de los pueblos lo observó a través de su lente historicista, porque los fundamentos educativos constituían a la comunidad,

23 “El ejercicio de la cátedra”, *El Buho*, suplemento cultural de *Excélsior*, 4 de junio de 1989.

la verdadera educadora, y no podían ser borrados de un plumazo. A la vez que creía firmemente en la necesidad de una “educación laica, moralmente valiosa y actuante, capaz de reprimir eficazmente la disparada irracionalidad de las masas fanatizadas por el clero”.²⁴

Ortega y Medina tuvo pocos amigos pese a que el mundo de los republicanos era muy amplio. Si bien no todos se conocían, si se quería se les podía encontrar no sólo en el medio académico sino en cafés que por su concurrencia se volvieron famosos. Ortega, ni en momentos de gran necesidad económica recurrió a la Junta de Auxilio de los Republicanos Españoles, pues pensaba que había otros compatriotas más necesitados que él. No fue la frugalidad sino su reserva y su modestia las que lo mantuvieron alejado de una vida más social. También la forma tan descarnadamente consciente con que vivió el exilio aunado a las penas de su padre y de su hermano. Entre sus pocos amigos había tenido a Ramón Iglesia, poco sociable también y de espíritu atormentado, que acabó marchándose a los Estados Unidos y allí se quitó la vida.

Poco después de ingresar don Juan a la Academia Mexicana de la Historia, falleció su esposa Alicia y años después contrajo nupcias de nuevo con María Teresa Bosque. Con ello dieron inicio para él los años de las vacas gordas. Su vida social se enriqueció con una estrecha amistad con Carlos Bosch y Elisa Vargas Lugo y con su alumna más querida, Alicia Mayer. Comenzaron también a llegar los bien merecidos reconocimientos. En el año de su creación, 1984, ingresó al Sistema Nacional de Investigadores con el más alto nivel. Ese mismo año, Josefina MacGregor, coordinadora de la carrera de Historia de la Facultad organizó un lucido ciclo de conferencias para festejar los treinta años de docencia de tan querido maestro. En 1987 se convirtió en investigador Emérito del Instituto de Investigaciones Históricas y tres años después fue galardonado con el Premio Universidad 1990 en Docencia en Humanidades, a la vez que la Rectoría le otorgó la Medalla de Reconocimiento al Exilio Español. Por último, en 1991 recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes en Historia, Ciencias Sociales y Filosofía que otorga el gobierno de México.

24 “Un análisis de la realidad histórica del México contemporáneo”, *Anuario de Historia*, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1965, p. 341.



Un tema que aparece con frecuencia en la obra de Ortega y que fue medular en su existencia es el de la Iglesia católica, asunto de muchos claroscuros pero del que se puede afirmar que, don Juan la respetó como institución espiritual por la admiración que sentía por los principios cristianos, a la vez que la criticó acerbamente como una institución temporal que tantos males había acarreado a España. Antes de morir en 1992, cuando todavía tenía planeado asistir en España a los festejos del Quinto Centenario, fue confortado con el auxilio de un sacerdote, para cumplir así con el conocido ciclo vital del caballero español que combate a la Iglesia para volver al final de sus días al seno de ésta.

